



ELISA

Oscar Segura

ELISA



Primera edición: octubre 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Oscar Segura

ISBN: 978-84-18544-10-1

ISBN digital: 978-84-18544-11-8

Depósito legal: M-26944-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mi madre y a mi hermana

PRÓLOGO

Un pequeño yate navegaba a la deriva, bailando la partitura que las olas y el viento improvisaban esa noche calurosa de verano. Cuatro cuerpos salieron disparados a gran velocidad, cada uno en una dirección diferente a varios metros de la pequeña embarcación, cayendo finalmente al agua rompiendo el silencio de altamar.

Edgar se levantaba a las cinco de la mañana cada día desde hacía ocho años para ver amanecer desde la playa. Ese día, al llegar, siguió su ritual: abrió su silla plegable y la posó sobre la arena y se sentó en ella a esperar el espectáculo matutino. Cuando el sol al fin empezó a salir en algún punto más allá del horizonte, poco a poco bañó el mar, la arena y todo el pueblo con su luz. Fue entonces cuando Edgar vio que en la orilla había una persona tumbada boca abajo, el leve oleaje de esa mañana movía el cuerpo suavemente. Edgar se levantó y corrió a la orilla y giró el cuerpo, no había nada que hacer, ese hombre estaba muerto. Levantó la mirada asustado y vio otro cuerpo que las olas transportaban lentamente hacia la orilla. Se metió en el agua, cogió el cuerpo y lo llevó a la arena. De nuevo nada que hacer.

A unos setenta kilómetros a Sara y a Rafa les sonó el teléfono. Los dos eran inspectores de la sección de homicidios y desaparecidos. Sara tenía treinta y dos años y era soltera. Era una persona libre y siempre hacía lo que quería como y cuando lo quería, no creía en el maquillaje y era mal hablada. Rafa tenía treinta y cuatro, estaba casado con Sandra con quien tenía una niña de cuatro años llamada María. A Rafa le gustaba tener el control en todos los

casos que investigaba pero fuera del trabajo era una persona algo reservada y feliz sin tener un motivo, simplemente por el hecho de estar vivo. Siempre quería caer bien a todo el mundo y por eso siempre hacía y decía lo políticamente correcto o lo que estaba bien visto por la sociedad.

Sara llegó al lugar. Cuando abrió la puerta de su coche y sus botines tocaron el suelo, el calor abrumador de ese pueblo costero se cebó con ella. Se sentó en el capó del coche y se vio a sí misma como un póster viviente para un taller de coches: una mujer pelirroja de tinte, atractiva, con sus gafas de sol, una camiseta gris de tirantes bastante escotada y unos tejanos ceñidos sentada en un capó de un coche cualquiera. Rafa no tardó en llegar. También lucía sus gafas de sol, unos zapatos marrones, tejanos y un polo morado de manga corta. Se acercó a Sara mientras guardaba las llaves del coche en un bolsillo.

—Buenos días, Sara —dijo Rafa—. ¿Un café?

I

La lancha de la Cruz Roja navegaba a toda velocidad en dirección a la playa donde, a medida que se acercaba, era más fácil divisar la muchedumbre de personas en la arena.

Policías uniformados acordonaban una zona de la playa, médicos se agachaban delante de dos cadáveres que reposaban en la arena tapados con mantas térmicas y unos buzos sentados en la orilla cogían arena mojada en un puño y la lanzaban al agua a modo de entretenimiento. Fuera de la zona acordonada habían llegado los primeros bañistas del domingo, la mayoría eran clientes del camping que había al lado, al menos Rosa lo era y no podía dejar de mirar con total atención y expectación todos los movimientos que hacían los cuerpos de seguridad y sanitarios.

Sara y Rafa justo se acababan el café de cuarenta céntimos que habían sacado de la máquina de la recepción del camping, mientras veían que la lancha de la Cruz Roja ya había llegado a la orilla. Un buzo de a bordo saltó a tierra, otro, desde dentro de la embarcación, levantaba en brazos lo que parecía ser otro cadáver tapado con una manta térmica y se lo entregaba con precaución e incluso algo de dulzura a su compañero ya en tierra firme.

—Joder —dijo Sara.

—Ya voy yo —dijo Rafa.

Rafa caminó hacia los médicos con cierta tranquilidad, pasó por donde yacían los otros cuerpos que los buzos habían encon-

trado momentos antes, intentó desviar sus pensamientos por un momento e intentó recordar cuándo fue la última vez que pisó la playa con zapatos, pero a medida que la distancia entre sus ojos y ese nuevo cuerpo aún en los brazos del buzo se hacía más corta empezaba a sacar deducciones.

El buzo no parece ser muy musculoso, tiene los brazos más bien delgados, el cuerpo no debe pesar mucho y, aunque está tapado, puedo apreciar que medirá entre un metro y medio y un metro sesenta. Tiene que ser ella —pensó.

En ese instante se paró y se giró y miró a su compañera Sara que se había encendido un cigarro y fumaba mientras miraba a su compañero a lo lejos, Rafa miró hacia Rosa y volvió a mirar a Sara. Ella comprendió al instante el mensaje casi telepático de su compañero, tiró el cigarro a la arena fina y seca, donde se consumiría como una barra de incienso de nicotina y se fue con Rafa.

El buzo dejó el cuerpo con los otros dos en la arena y Rafa y Sara se acercaron a hablar con él.

—¿Es la chica? —preguntó Rafa.

—No, es un varón, sesenta y largos imagino —contestó el buzo.

—Rafa, mira —interrumpió Sara.

Sara señaló unas gotas de sangre en la arena.

—Le han tapado los desgarros como han podido pero sigue sangrando —dijo el buzo.

—¿Qué desgarros? —preguntó Sara.

—Le han desgarrado las dos piernas, de rodillas a abajo.

—¿Un tiburón? —preguntó Rafa.

—Sí, es posible, he visto este tipo de desgarros antes en brazos y fueron causados por tiburones. Eso sí, los desgarros fueron post mortem, los médicos han dicho que murió ahogado, tiene los pulmones como una pecera, puede haber algún pez nadando y todo —rió.

—Ya, gracias —se despidió Rafa.

—De nada.

El buzo volvió a la lancha. Rafa volvió a mirar hacia Rosa, ahora había muchos más curiosos que pocos minutos atrás, pero Rosa destacaba entre toda esa multitud, no solo por su pelo despeinado y su conjunto verde chillón, sino por su expresión nerviosa y triste que contrastaba con las risas de algunos comparando la situación con una película.

—Hay que hablar con ella —dijo Rafa.

—Voy yo —dijo Sara.

—Me refería a los dos, voy contigo.

—No, Rafa, voy sola.

Rafa nunca había visto esa mirada en Sara y trabajaban juntos desde hacía cuatro años. Era una mirada que apenas había durado un segundo, pero Rafa supo desglosar ese cóctel a la perfección: Frustración, tristeza y miedo.

—Está bien, como quieras —concluyó Rafa.

Sara se puso en marcha, subió por las pequeñas dunas a veces perdiendo un poco el equilibrio, de camino pensó cómo decirle a esa pobre mujer que habían encontrado tres cadáveres, pero que su hija seguía desaparecida sin ganarse unos gritos, un empujón o una bofetada. Entretanto Rafa descubría el cuerpo del hombre mutilado.

—Joder —dijo para él mismo.

Al descubrir la manta térmica que cubría el cadáver, Rafa vio un hombre de mediana edad, como dijo el buzo. El hombre vestía un sobrepelliz encima de una sotana negra y lucía un alzacuello.

Unos metros allá Sara estaba a punto de encontrarse con Rosa pero ella, al ver a Sara acercarse con esa expresión triste en el rostro, levantó esa mera cinta de plástico y corrió tan rápido como sus chancas de mercadillo le dejaron en dirección a los cadáveres, en concreto, al último cuerpo encontrado, donde se encontraba Rafa.

—¡Rosa, para! Joder, ¡chicos, paradla! —gritó Sara.

Dos policías consiguieron parar a Rosa que se acabó derrumbando en la arena. Sara se acercó a ella, Rosa empezó a llorar en el hombro de uno de los policías.

—Es mi niña, es mi niña —lloraba Rosa.

—Rosa, no es ella, no es Elisa —le dijo Sara.

Sara se agachó y se encontró de bruces con ella. Las dos mujeres se miraron a los ojos y se abrazaron hasta que un helicóptero sobrevoló la playa a escasos metros de sus cabezas. Todos miraron arriba, a ese aparato que rompía el silencio mientras la fuerza propulsora de las hélices levantaba una nube de arena y polvo y destapaba los cadáveres, dejando a la vista la muerte de esas tres personas. Muchos de los curiosos se fueron, como si lo único que los mantenía ahí fuera la imaginación de lo que se escondía debajo de esas mantas arrugadas de plástico dorado y al ser destapadas esa imaginación se hubiera esfumado.

El helicóptero se dirigía mar adentro, en él viajaban el piloto y dos agentes de salvamento marítimo que se comunicaban por radio y utilizaban nombres en clave y el alfabeto fonético internacional. Al helicóptero lo llamaban Paladín y cada uno de los agentes de salvamento eran Sierra, en ese caso eran Sierra uno y Sierra dos.

—Vale, nos acercamos a las coordenadas. Ya veo el objetivo, descendemos a sesenta pies —dijo el piloto.

—Copiado —dijo Sierra uno.

El helicóptero bajó hasta unos dieciocho metros por encima del yate a la deriva y se mantuvo paralelo a este.

—Estamos alineados, saltad ahora —dijo el piloto.

—Copiado. Suelto la cuerda —dijo Sierra dos.

Sierra dos tiró una cuerda de más de veinte metros por un portón lateral del helicóptero, un extremo estaba anclado a la aeronave y el otro cayó dentro de la embarcación.

—Estoy atado, voy a bajar —dijo Sierra dos.

—Copiado —dijo el piloto.

Sierra dos saltó.

—Atado y listo. Voy a bajar —dijo Sierra uno.

—Copiado —contestó el piloto.

Sierra uno saltó. Los dos agentes se encontraban dentro de la

embarcación, su misión consistía en ir en busca de algún superviviente o en su defecto víctima mortal dentro de la nave pero no encontraron a nadie, todo el yate estaba impoluto, solo destacaban dos objetos, una estola morada y una zapatilla de color fucsia que parecía ser de chica por su diseño juvenil, color y talla.

—Sierra uno a Paladín.

—Adelante, Sierra uno.

—Aquí no hay nadie.

—Copiado. Paladín a control, la bañera está vacía, volvemos a tierra.

—Aquí control, recibido Paladín, pueden volver. Envíen coordenadas para remolque.

—Copiado. Sierra uno y dos, volvemos a tierra, buen trabajo.

La noticia llegó a la playa y un agente informaba a Sara de que habían encontrado un yate a la deriva pero que iba vacío. Entretanto Rafa acompañaba a los forenses que acababan de llegar. Estos sacaron fotos de los cuerpos y posteriormente los metieron dentro de unas bolsas de plástico negro. Cargaron cada cuerpo en una camilla sin ruedas y las llevaron a pulso hasta sus vehículos. Rafa pidió a Mario, el dueño del camping, si podía mirar las fotos que los forenses habían hecho, con la intención de poder reconocer a las víctimas como clientes de su negocio vacacional. Primero le enseñó las fotos de las dos primeras víctimas encontradas por Edgar a primera hora de la mañana.

—Sí, son clientes del camping, vienen desde que el chaval tenía unos seis años. Son habituales de cada verano.

—¿Qué chaval? —preguntó Rafa.

—Su hijo.

—¿Está en el camping?

—Vino con ellos, sí, pero hoy no le he visto y con lo que les ha pasado a sus padres me extraña que no esté aquí.

—¿Qué edad tiene el chico?

—Ahora debe tener unos quince o dieciséis.

—¿Sabe si tiene algún amigo en el camping o en el pueblo con el que pueda estar?

—Lo dudo mucho, agente, esa familia era muy conservadora y religiosa y el chico seguía las normas de sus padres a rajatabla, mucho me temo que no le dejaban relacionarse mucho.

—¿Cómo sabe eso?

—Soy el dueño de un camping, los clientes se cotillean entre ellos y luego me lo cuentan todo a mí.

—Ya.

—¿Qué hay de este hombre? ¿Era cliente?

—Rafa le enseñó la foto de la tercera víctima.

—No me suena.

—¿Está seguro?

—Créame que si un cura estuviera en mi camping lo sabría.

—Bien, gracias Mario.

—No hay problema.

Los forenses cerraron los coches y se fueron. Rafa volvió a la playa con Sara.

—Han encontrado un yate a la deriva pero está vacío, lo están remolcando a puerto —dijo Sara.

—Bien, ahora vamos.

—¿Alguna novedad?

—Sí, el dueño del camping, Mario, ha identificado a las dos primeras víctimas, eran un matrimonio y tenían un hijo adolescente, quince o dieciséis años dice el hombre, y adivina.

—¿Qué?

—Está desaparecido.

—Joder. ¿Y el cura?

—No era cliente del camping, habrá que identificarlo.

Sara miró a su alrededor, Rosa era atendida por unos médicos a causa del ataque de ansiedad y aún quedaban algunos curiosos en bañador detrás de la zona acordonada. Un sonido lejano le llamó la atención, era el helicóptero que volvía a tierra, ahora volaba mucho más arriba que antes.

—¡Sara! —gritó Rafa.

—¿Qué?

—¿Qué te pasa?

—Nada, dime.

—¿Qué piensas?

—Déjalo, ¿vamos al puerto?

—Quiero decir qué piensas del caso.

—Pues seguramente lo mismo que tú. Ahora mismo pienso que el chico desaparecido y Elisa tienen la misma edad e igual se han fugado juntos, pero no me encaja que hayan aparecido sus padres ahogados junto a un cura.

—A mí me encaja. Según Mario la familia era muy religiosa, puede que el cura fuera amigo de la familia y los padres le han cortado las alas al chico, no le dejan salir, ni hacer amigos, puede que el chico se enamorara de Elisa y como los padres no lo aceptaban los descartó de la baraja. O puede que...

—O puede que también se hayan ahogado —interrumpió Sara.

—Claro, y también puede ser que Elisa no pinte nada en estas muertes. Según Rosa siempre se iba de noche sin decir nada.

—Con la diferencia de que siempre volvía a dormir y esta noche no ha vuelto.

—Quizá volvía a dormir porque no conseguía ligarse a nadie y quizá esta noche ha tenido más suerte.

—¿Qué quieres decir?

—Existe la posibilidad de que la chica esté follando en algún rincón del pueblo.

—Bueno, Rafa, me voy al puerto, ¿vienes?

—No. Me quedaré con Mario, buscaré la ficha de las víctimas para identificarlas del todo y hay que llamar a los clientes del camping que se han ido esta mañana para que vuelvan e interrogarles.

Sara cruzó la playa, se agachó por debajo de la cinta que acordonaba la zona y pasó entre los pocos curiosos que quedaban. Caminó toda una calle del camping que la llevaba al parking, se subió al coche, arrancó y condujo hasta el puerto que no estaba muy

lejos, en coche tardó no mucho más de cinco minutos. Aparcó y caminó hacia un policía que se encontraba en los muelles. Sacó su placa.

—Hola dijo Sara—. Vengo a examinar el barco que han encontrado a la deriva.

El policía miró la placa y le asintió con la cabeza.

—Están en el muelle L, el quinto a la izquierda —le indicó el policía.

—Gracias.

Sara siguió hacia el muelle L donde se encontró con cuatro personas, dos eran policías y los otros dos eran técnicos del puerto que estaban amarrando el yate al muelle.

—Hola —dijo Sara.

Al oír una voz de mujer los hombres pararon de hacer lo que estaban haciendo y se quedaron en silencio mirando a Sara.

—Hola, ¿puedo ayudarla? —dijo uno de los policías.

Sara sacó una vez más su placa.

—Estoy aquí para examinar el barco.

—¿Eres de la científica? —preguntó el otro policía.

—No.

—¿Homicidios? —insistió el agente.

—Y desaparecidos —agregó Sara.

—¿Quién ha desaparecido? —preguntó uno de los técnicos.

Sara dudó en responder a la pregunta, pero finalmente respondió.

—Dos personas.

—Bien, ya lo tiene amarrado.

—Adelante, agente —dijo uno de los policías.

—Inspectora —corrigió Sara.

—Claro, inspectora.

Sara entró en el barco y empezó a examinarlo mientras los hombres en el muelle se la miraban sonriendo. En seguida vio la estola morada en el suelo y un poco más lejos la zapatilla de chica. Llamó a uno de los técnicos del puerto que la seguían mirando.

—Oye chico, ¿de quién es este barco?

—De mi empresa. Alquilamos embarcaciones de recreo.

—¿Y quién lo alquiló?

El chico se sacó un papel de uno de los bolsillos traseros de su pantalón.

—Gregorio Alonso.

—¿Puedes darme una fotocopia de ese documento?

—Sí, claro.

El chico se quedó parado mirando a Sara.

—Ahora —añadió Sara.

—Ah, claro, ahora vuelvo.

El chico se fue y Sara sacó su teléfono e hizo una foto de la estola y de la zapatilla y luego llamó a Rafa.

Minutos antes en el camping Rafa y Mario buscaban la ficha de las dos primeras víctimas ahogadas.

—Aquí están —dijo Mario—. Gregorio Alonso, Diana Valenzuela y Guillermo Alonso.

—¿Guillermo es el chico?

—Sí.

—Está bien, por lo menos tenemos sus nombres, gracias Mario.

—Aquí me tienen por lo que sea.

En ese momento entró un hombre en la recepción. Era un hombre de unos cincuenta años, llevaba unas gafas que le hacían los ojos más pequeños y una gorra de colores sacada de un videoclip de hip-hop de los ochenta.

—Hola —dijo el hombre.

—Buenos días, dígame —contestó Mario.

—Perdone, ¿es usted el policía que investiga la desaparición de la muchacha?

—Aún no se puede considerar una desaparición, pero sí, estoy al caso y he hablado con su madre —dijo Rafa.

—Yo puedo decirle algo de la chiquilla.

—Usted dirá.

—Si ya conoce a la madre ya se imaginará que la hija es igual. La he visto fumando droga.

—Bueno, señor, eso es habitual en adolescentes.

—Sí, pero creo que las drogas le hacen hacer cosas muy extrañas.

—Exacto, es lo que hacen las drogas.

—No me está escuchando, agente. Hace dos noches la vi por mi ventana del bungalow totalmente inmóvil, mirando a un lado durante minutos, descalza y en pijama, serían las tres de la madrugada, me levanté para ir al baño y la vi.

—De acuerdo señor, le aseguro que le he escuchado y me tomaré en serio su testimonio. Lo estudiaremos.

—Si no me cree miren las cámaras.

Rafa miró a Mario.

—¿Tenéis cámaras?

—Sí, bueno, la mitad son cámaras falsas, ya sabe, para intimidar.

—Necesito revisar lo que se ha grabado esta noche.

El teléfono de Rafa empezó a sonar.

—Está bien, se lo preparo —dijo Mario.

—Disculpad.

Rafa salió afuera y contestó al teléfono.

—Dime —contestó Rafa.

—Gregorio Alonso —dijo Sara al otro lado.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Cómo sé el qué? Gregorio Alonso alquiló el barco.

—Es la víctima.

—¿El cura?

—No, el marido.

—Vale, Rafa, entonces Gregorio y su mujer se van a pasar una bonita velada en alta mar a la luz de la luna con un cura.

—No sabemos si el cura estuvo en el barco.

—En realidad sí. En el barco hay una bufanda morada de esas que usan los curas.

—¿Una estola?

—Le he sacado unas fotos antes de que se lo lleve la científica, luego te lo enseño.

—Vale. ¿Algo más?

—Sí, hay una zapatilla, parece de chica, también le he sacado una foto, podría ser de Elisa.

—¿En serio, Sara? ¿De Elisa?

—Sí, Rafa, en serio. Estoy convencida de que Elisa está conectada con esto.

—Bueno, vuelve al camping, hay mucho que preguntar y tenemos que revisar unas grabaciones.

—Voy.

Sara volvió al camping y se pasó toda la mañana interrogando a clientes del camping. Buscó a Rosa pero no la encontró por ningún lado, así que paró para comer un bocadillo en el bar del camping y revisar sus anotaciones. Todos coincidían en que Rosa y su hija Elisa eran problemáticas. Decían que ambas se emborrachaban a diario, tomaban drogas y hacían mucho ruido a altas horas de la noche. Muchos clientes vieron a Elisa comportarse de forma extraña días antes de su desaparición, paseaba descalza, en pijama, en camión e incluso desnuda por las calles del camping y por la playa. Podría ser verdad o un rumor de vecinos cotillas que se iba haciendo más y más grande. Para Sara todo apuntaba a lo segundo. Mientras esperaba que le preparasen el bocadillo llamó a Rafa.

—Rafa, ¿dónde estás?

—En recepción, mirando las grabaciones. ¿Tú?

—En el bar, ¿vienes a comer algo?

—Estoy comiendo delante de la pantalla.

—¿Hay algo en los vídeos?

—Nada. Encima la mayoría de las cámaras son falsas.

—¿Qué grabación estás mirando?

—¿Qué quieres decir?

—¿De qué día?

—Pues la de ayer, Sara, ¿cuál quieres que vea?

—Podríamos mirar algunas de días anteriores, a ver si vemos algo sospechoso.

—Pues míralo tú, estas cámaras graban las veinticuatro horas, tienes vídeo para rato.

—Vale, ya lo miraré yo.

El camarero llegó con el bocadillo y una cerveza. Sara colgó el teléfono y le dedicó una sonrisa al camarero seguido de un «gracias» algo sensual. El camarero también sonrió y siguió con su trabajo.

Un bocadillo de tortilla a la francesa, una cerveza, un cortado y un cigarro después Sara se fue a la recepción con Rafa. Estuvieron mirando grabaciones durante horas, empezaban a mirar las grabaciones a partir de las diez de la noche, ya que un testigo dijo que se cruzó con Diana sobre esa hora la noche del incidente, fue de las últimas personas que la vio con vida.

—Nada tampoco —se quejó Rafa.

—¿Has mirado la cámara de la entrada? —preguntó Sara.

—Aún no, es la última.

—Ponla.

—Tú mandas.

Rafa puso la grabación que Sara le pidió. Avanzó el vídeo hasta las diez de la noche y le dio al *play*.

—Avanza más —ordenó Sara.

—¿Por qué?

—Tú avanza hasta que se vea movimiento.

—Vale.

Rafa avanzó el vídeo, no había mucho movimiento, hacia las once y media de la noche se veía a algunos trabajadores que se iban a casa. Al fondo de la imagen se veía la carretera que llevaba al puerto y la acera donde de vez en cuando pasaba algún coche y rara vez algún peatón. Rafa seguía avanzando el vídeo. Ahora estaban viendo imágenes de casi las dos de la madrugada.

—Sara, si estás de vacaciones a las dos de la madrugada estás bailando, follando o mirando la tele.

—¡Ahí! Joder, he visto algo.

—A ver, ¿dónde?

—Te has pasado, tira atrás.

Rafa retrocedió unos segundos el vídeo.

—¡Mira! —exclamó Sara.

—No veo nada.

—Aquí.

Sara puso el dedo encima de la pantalla, en el rincón inferior izquierdo.

—¿Qué es eso? —preguntó Rafa.

—No es qué, es quién.

—Pues ¿quién es?

—No lo sé, pasa fotograma a fotograma.

Rafa seguía las órdenes que le daba su compañera.

—Para aquí. Ahí se ve una pierna, ¿lo ves? —dijo Sara.

—Sí.

—Parece que sepa que le están grabando, se esconde. Avanza poco a poco.

—Vale.

—Joder, Rafa, ¡mira! Cruzando la carretera.

—Su puta madre. ¿Son ellos?

—Tienen que ser ellos.

—Pero, ¿a dónde van?

—Van dirección al puerto, aunque en esa dirección se puede ir a muchos sitios.

—Vale, voy a buscar a Mario, no toques la imagen.

—No toco nada, tranquilo.

Mario identificó tanto a Elisa como a Guillermo en esa imagen y Sara pudo comparar las zapatillas que Elisa llevaba en la grabación con la foto de la encontrada en el yate y coincidían. Elisa estuvo en el barco.

Sara aprovechó para mirar vídeos de las noches anteriores al incidente. Quería ver si lo que se decía de Elisa era cierto y lo vio.

—¿Esa es Elisa? —preguntó Rafa.

—Sí.

—¿Qué hace?

—Nada. Absolutamente nada.

—Joder, lo que dicen es verdad, aquí debe ir hasta el culo.

—No sé.

—Solo hay que verla, Sara, es una yonqui de quince años.

—Se mueve. Mira como camina.

—¿Qué hay que ver?

—Que no pierde el equilibrio, no va torcida, va totalmente recta, parece más bien un soldado que una borracha drogadicta.

—Eso es verdad. ¿Qué está haciendo?

—Parece que está arañando el árbol.

—¿Y ahora lo muerde? Lo siento, tu soldado vuelve a ser una borracha drogada.

Mario entró corriendo de repente en la recepción.

—¡Han encontrado otro cuerpo! —gritó.

Eran alrededor de las seis de la tarde cuando apareció el cuerpo sin vida de Guillermo en unas rocas cerca del faro. Una lancha fue hasta el lugar y llevaron el cadáver del joven chico a tierra firme. El médico forense dictaminó que la causa de su muerte fue la misma que la de sus padres y la del cura, murió ahogado.

Sara y Rafa estaban sentados en unas sillas de plástico que parecía que se podían romper en cualquier momento. La tarde se desvanecía y las posibilidades de encontrar a Elisa con vida también.

—Solo falta ella, Sara —dijo Rafa—. Algo pasó en el barco, cayeron todos al mar, era de noche y se ahogaron.

—Seguramente.

—Esta noche hará veinticuatro horas.

—Los dos sabemos que ya estamos buscando un cadáver. Mierda, no quiero ni saber lo que debe estar pasando Rosa.

—Oye Sara, hemos visto esto antes, ¿qué tiene este caso de especial para que hayas empatizado tanto con Rosa?

—No lo sé. Pero me está afectando más de lo normal.

—Pues olvídate, ya se ha acabado.

Pasaron las horas, los buzos que habían estado buscando durante todo el día no encontraron nada y decidieron dejar la búsqueda hasta al día siguiente, antes de que se hiciera totalmente de noche. Esa noche Sara y Rafa cenaron en un restaurante japonés del pueblo y volvieron al camping para dormir, Mario les había dado un bungalow a cada uno. Rafa se acostó y llamó a Sandra, su mujer.

—Hola —contestaron al teléfono.

—Hola amor.

—¿Qué tal va?

—Es una tragedia, una familia entera muerta. Y Sara no ayuda.

—¿Qué le pasa?

—Le está afectando mucho el caso. Hay una chica desaparecida.

—Bueno ya se le pasará.

—Sí. ¿Qué tal está María?

—Muy bien, ya duerme, hoy ha echado de menos a su papi.

—Bueno, mañana estoy con vosotras.

—¿Ya te vas a la cama?

—Ya estoy en ella, ¿y tú?

—También.

—Pues venga, a dormir, mañana te llamo, amor.

—Vale, buenas noches.

—Descansa.

Rafa colgó, apagó la luz y cerró los ojos y en cuestión de dos minutos se durmió.

Sara estaba tumbada boca arriba en su cama en ropa interior, era una noche calurosa. Cerró los ojos y los volvió a abrir y así unas cuantas veces hasta que consiguió dormirse.

